

Notas de París

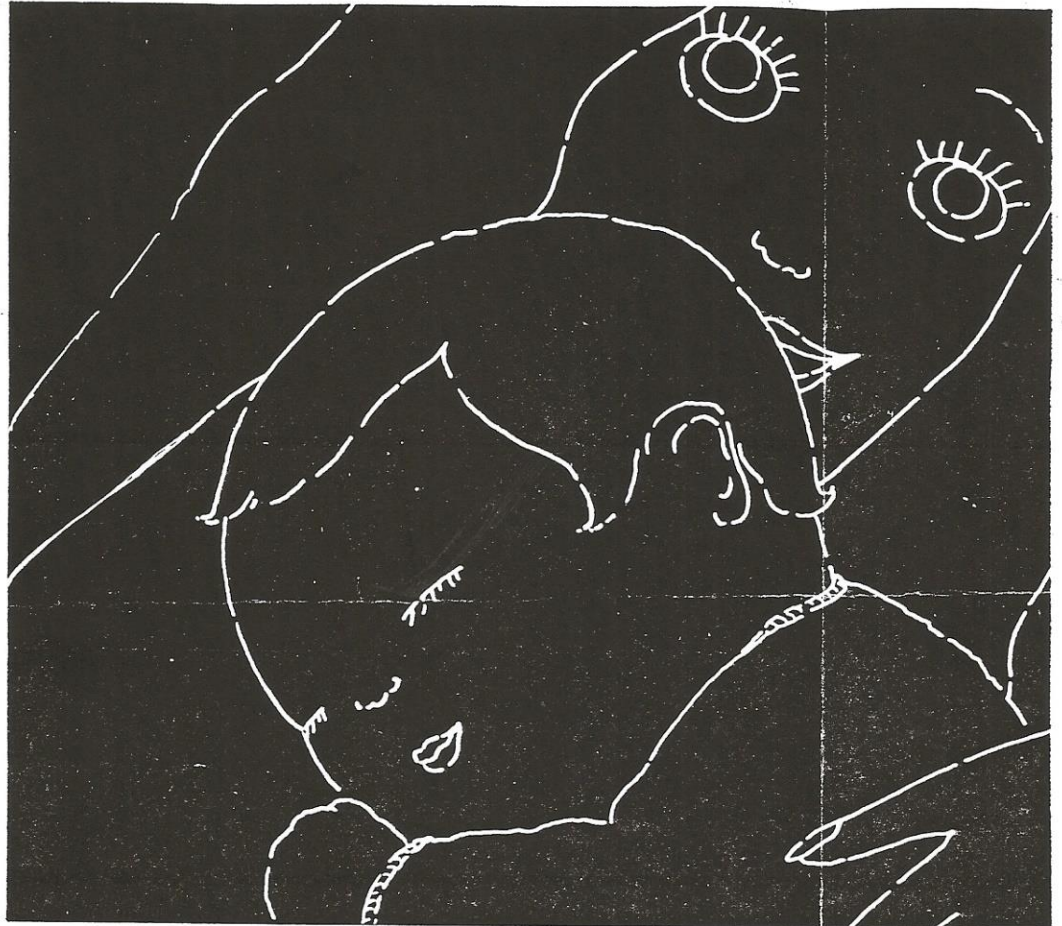
Licencia Para Matar

Nelson A. Vallejo G.

La muerte, antes familiar y casi deseada pues liberaba el Alma de las torturas del cuerpo, se ha vuelto ahora insoportable sujeto de discusión dentro de los medios medicales e intelectuales de París. Nuestras sociedades modernas, sobre todo en occidente, buscan camuflarla continuamente, como para olvidarla mejor. Algunos, sin embargo, tratan de hacer de ella un debate público. Arriesgando así la creación de un malestar de más. Es el caso de la Asociación Por los Derechos de Morir Dignamente que reúne en la ciudad francesa de NICE un congreso internacional al cual, creyendo a las informaciones de París, participarán médicos colombianos, así que el célebre cirujano Christian Bernard, primer médico a efectuar un trasplante de corazón. Es igualmente el caso del manifiesto de médicos franceses en favor de la asistencia a moribundos, publicado en el periódico Le Monde el 20 de septiembre de 1984. Al parecer dicho manifiesto se presenta como una defensa de la eutanasia.

Estos últimos años el debate moral sobre la vida humana giraba alrededor del aborto. El se mueve poco a poco cerca de otras fronteras de la medicina moderna: niños probeta, embriones congelados, úteros alquilados... paralelamente emerge otro debate en París sobre todo, esta vez se trata de "la muerte dulce" o eutanasia.

Uno se pregunta sobre la libertad de interrumpir la vida. Su propia vida, o en el caso del médico, la vida de otro. Esta, digamos licencia para matar la tenía solamente el juez con su poder de Pena de Muerte; ahora al parecer, los médicos quisieran retomarla legalmente. Escoger su muerte, el momento de morir y la manera de hacerlo parece a algunos un derecho natural, y dar la muerte a otro, en circunstancias atenuantes, como un acto responsable. Es necesario poner atención, las palabras están perdiendo poco a poco sus significados: Pronto matar a su vecino significará "hacerle un servicio". Luego de haber regulado los nacimientos de niños, por medio de anticonceptivos y de abortos, el hombre moderno trata, por así decir, de regular las muertes. El IVV (Interrupción Voluntaria de Viejos) es reivindicada al mismo nombre de la IVG (Interrupción Voluntaria de Embarazos) por las personas que firman un "testamento biológico",



pidiendo de aplicarles la eutanasia en caso de enfermedad incurable o de pérdida de sus facultades mentales. Esos son los apóstoles de la "muerte dulce".

Algunas fórmulas de Odette Thibault, una de las dirigentes de la Asociación Francesa por los Derechos de Morir Dignamente, ilustran estas reivindicaciones. Defendiendo "la calidad de la muerte", ella decía en marzo próximo pasado: "Saber morir hace parte del saber vivir". O más aún: "el suicidio es la única manera de morir en vida". Y a propósito de la eutanasia: "Se ha suprimido la pena de muerte, pero qué decir de la pena de vida que se sufre cuando ésta se ha vuelto insoportable"? Nueva reivindicación, nuevo lenguaje: la muerte y la vida parecen decirse de la misma manera. Para escribir una tragedia romanesca, no habría mejor lenguaje que ese; pero para vivir le encuentro un poco peligroso.

La palabra eutanasia no gusta mucho. Ella nos hace pensar en los procesos nazis para liquidar los judíos en la Segunda Guerra Mundial. Esa palabra es una trampa cuyo sentido y clave ha evolucionado desde su invención. A comienzos del siglo XVII, ella significaba "muerte dulce y tranquila". Trescientos años más

tarde ella significa el conjunto de medios para luchar contra el dolor de grandes enfermos. Hoy, es el acto de darse o de dar la muerte. En otras palabras, de tener una "licencia para matar-se".

Sin embargo, esa palabra recubre cosas diferentes. La eutanasia dicha pasiva consiste en aliviar el dolor del enfermo, administrándole, por ejemplo, fuertes dosis de morfina que pueden adelantar su muerte; poniendo fin a la reanimación sanguínea artificial que le mantiene con vida, o simplemente no darle auxilio (en el caso de los recién nacidos deformes). De otro lado se encuentra la eutanasia activa que supone una intervención con la intención de poner fin a los días de alguien: sea dejándole a un lado de drogas mortales, sea administrándosele una inyección de sal de potasio o un "coctel lítico" (mezcla de drogas de carácter mortal). La frontera entre la eutanasia pasiva y la activa no es muy clara en los hospitales, puesto que el fin de una reanimación puede provocar una agonía intolerable; entonces será necesario una inyección para aliviar la agonía.

Un jesuita, el Padre Patrick Verepien, dijo a comienzos del año: "Nuestra sociedad se encuentra llevada hacia la

eutanasia". Denunciando así la utilización casi baral de cocteles líticos. Y contestaba a los médicos del derecho de definir la hora de la muerte de un individuo. Sin embargo todo el mundo olvidó el llamado de atención. Los moralistas y los filósofos pasan su tiempo escribiendo novelas y yendo al cine en lugar de reflexionar sobre el problema.

Dejar el problema a los médicos o a los teólogos es encerrarle en una sola frontera. La muerte es una cuestión de orden general que interesa a todo el mundo. No se trata solamente de filosofía, medicina o moral: si la insistencia reanimadora de un enfermo en un hospital es contestada es porque ella es muy cara. El ciudadano tiene derecho de ser informado claramente de lo que sucede en realidad en los hospitales, no fuera que para disipar su miedo de ser "suprimido" por la eutanasia en caso de enfermedad mortal.

Un manifiesto ambiguo, firmado por cinco médicos franceses, no parecía la mejor manera de empezar el debate público. Pero el eco que ha obtenido muestra el interés y la inquietud del problema. Esperamos que el congreso de NICE contribuya a sortir de las tinieblas ese sujeto tabú: La Muerte.